

Domingo 15 noviembre 2009
El Evangelio de hoy

Mc 13,24-32

¡Ven, Señor Jesús!

En el Evangelio de este domingo, penúltimo del año litúrgico, Jesús nos revela cuál será el evento que pondrá fin a la historia. Dios la comenzó cuando creó al ser humano, pues antes de la creación de un ser consciente temporal no había propiamente historia, aunque hubiera seres materiales. Asimismo Dios la concluirá. Y el evento que le pondrá fin lo formula Jesús así: «Entonces verán al Hijo del hombre que viene entre nubes con gran poder y gloria; entonces enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo».

La venida final de Cristo es un artículo de nuestra fe cristiana: «De nuevo vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos». Es claro que este juicio producirá una separación entre todos los seres humanos: «Los ángeles reunirán a sus elegidos». Lo expresa más claramente Jesús por medio de una parábola que nos transmite el Evangelio de San Mateo: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos» (Mt 25,31-32).

De ese evento final de la historia nos ha sido revelado el «qué» y el «cómo», y de manera tan firme que Jesús asegura: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Pero no nos ha sido revelado el «cuándo». En efecto, este dato es tan reservado que Jesús hace una afirmación muy extrema: «De aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre». Que el Hijo, que es Dios igual que el Padre, ignore algo es imposible. Tenemos que recurrir al Catecismo para ver cómo entiende la Tradición de la Iglesia esa afirmación: «Debido a su unión con la Sabiduría divina, en la Persona del Verbo encarnado, el conocimiento humano de Cristo gozaba en plenitud de la ciencia de los designios eternos que había venido a revelar. Lo que reconoce ignorar en este campo (cf. Mc 13,32), declara en otro lugar no tener misión de revelarlo (cf. Hch 1,7)» (Catecismo, N. 474). Un caso semejante del mismo Evangelio nos puede ayudar a comprender el sentido de las palabras de Jesús. Cuando Jesús pregunta a los sumos sacerdotes si el bautismo de Juan era del cielo o de los hombres, ellos res-

ponden: «No sabemos». En realidad, saben, pero no lo quieren decir. Y Jesús responde: «Tampoco yo les digo con qué autoridad actúo» (Mc 11,33). También él sabe, pero no lo dice.

Jesús expone una parábola según la cual nosotros deberíamos poder indicar ese momento: «De la higuera aprendan esta parábola: cuando ya sus ramas están tiernas y brotan las hojas, saben que el verano está cerca. Así también ustedes, cuando vean que sucede esto, sepan que él está cerca, a las puertas. Yo les aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda». ¿Cómo se entiende esto? Han pasado muchas generaciones desde que Jesús dijo eso y él todavía no ha venido. Por otro lado, las señales del fin no son tan claras como las señales de la higuera que anuncian el verano.

La explicación de esto es que en el texto de Marcos están mezcladas las señales de dos eventos distintos: la destrucción del templo de Jerusalén, que ocurrió en el año 70 d.C., es decir, antes de que pasara esa generación, y la venida final de Cristo que todavía no ocurre. El discurso de Jesús comienza cuando al salir del templo uno de sus discípulos le dice: «Maestro, mira qué piedras y qué construcciones» sugiriendo su perennidad. Jesús le responde: «De todo esto no quedará piedra sobre piedra que no sea derruida» (Mc 13,1.2). Entonces, espantados, le preguntan: «Dinos cuándo sucederá eso, y cuál será la señal de que todas estas cosas están para cumplirse». Una serie de señales que Jesús indica se refieren a ese hecho y es éste el que tuvo lugar antes de que pasara esa generación. De su venida final, en cambio, Jesús no dio ninguna señal que nos permita situarla en el tiempo. Al contrario, sobre ese evento nos exhorta: «Estén atentos y vigilen, porque ignoran cuándo será el momento» (Mc 13,33). Esto no nos impide desearlo ardientemente, como hacían los primeros cristianos: «Marana tha» (¡Señor, ven!) (1Cor 16,22).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles